

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA,

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

*Enrique Lozano de Vilchez*

JUNIO—NÚM. 11

REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15.

AÑO V.—1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco centimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

## SUMARIO.

Los peces, por Strum.—La oracion de la tarde, por T. Rodríguez de la Torre.—Calvario y redencion, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—A una madre, poesia, por Ignacio Menor y Pinto.—Fragmentos de un viaje, por A. D.—Secdon doctrinal, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

## HISTORIA NATURAL.

### LOS PECES.

Si un naturalista no conociese mas animales que los que caminan sobre la tierra, y que respiran como los caballos, y se le hubiese dicho que habia en el agua una especie de criaturas formadas de manera que pueden moverse en este elemento, propagarse, y hacer en él todas las funciones animales con facilidad, y aun con placer; tal vez miraria esta relacion como una fábula, y deduciria, por lo que sucede a nuestros cuerpos cuando se sumergen en el agua, que era absolutamente imposible el vivir en este fluido.

El género de vida de los peces, su estructura, sus movimientos y propagacion, presentan fenómenos muy maravillosos por todos respectos, y nos dan nuevas pruebas de la omnipotencia y de la sabiduría infinita del Criador. Para que estos vivientes pudiesen existir en el elemento que les está señalado, era preciso que las partes esenciales de su cuerpo estuviesen organizadas de otro modo que las de los animales terrestres. En efecto, así se observa examinando la estructura tanto interior como exterior de los peces.

¿Por qué el Autor de los seres dió a la mayor parte de los de esta especie un cuerpo delgado, chato por los costados, y siempre agudo por la cabeza, sino para romper las aguas, y nadar con mas facilidad? ¿Por qué están cubiertos de escamas, sino a fin de que su cuerpo no pudiese ser fácilmente lastimado por la presión del agua? ¿Por qué muchos peces, y particularmente los que carecen de escamas, ó las tienen muy blandas ó se hallan cubiertos de un humor grasiento y oleoso, sino para preservarlos de la corrupción y defenderlos del frío? ¿Por qué en lugar de huesos tienen espinas, sino para que su cuerpo sea mas ligero y mas flexible? En fin, ¿por qué en todos los peces están los ojos hundidos en la cabeza, sino con la mira de que se hallen menos expuestos, y de que la luz pueda concentrarse mejor en ellos? Es, pues, manifiesto que en la



coordinacion de todas estas partes atendió el Criador á la especie de vida, y al destino de estos animales.

Mas no es esto todo lo que hay de maravilloso en la estructura de los peces. Las aletas son casi sus únicos miembros, pero les bastan para ejecutar todo género de movimientos. Por medio de la aleta de la cola se mueven hácia adelante; la aleta dorsal dirige los movimientos del cuerpo; se elevan por la del pecho, y la del vientre les sirve para mantenerse en equilibrio.

Uno de los órganos que mas necesitan los peces para nadar, es la vejiga de aire que tienen en el vientre. No se sabe á fondo el modo con que el aire se introduce en esta vejiga; mas se cree haber observado un canal que comunica con la boca (1). Lo que hay mas averiguado es, que los peces pueden, por medio de ciertos músculos, arrojar ó comprimir este aire á su arbitrio, hacer así su cuerpo mas ó menos pesado, y ejecutar los diversos movimientos que exigen sus diferentes necesidades. Luego que se hincha y se extiende la vejiga, se hacen mas ligeros, se elevan y pueden nadar cerca de la superficie del agua. Si la estrechan, y comprimen por consiguiente el aire que encierra, entonces el cuerpo es mas pesado que el volumen de agua que ocupa, y se hunde. Tambien cuando se pica esta vejiga con un alfiler, se va incontinenti á fondo el pez, sin quedarle ya facultad para mantenerse en la superficie del agua, y mucho menos elevarse á ella. Los peces que siempre andan por el fondo del agua como el rodaballo, la raya, el lenguado y otros, carecen de este órgano porque les seria inútil.

La cabeza de los peces, igualmente que la de los reptiles, está asida inmediatamente al cuerpo: la boca se halla por lo comun guarnecida de una ó mas filas de dientes, y situada á veces sobre la espalda: los ojos, en muchas especies, se asemejan por su estructura á los del hombre y de los cuadrúpedos: en otras se parecen mas á los de las aves; pero ninguno tiene párpados.

Hasta nuestros dias se habian considerado los peces como un pueblo de sordos. Sin embargo, no se ignoraba que las carpas, tan fáciles de familiarizar, acuden al sonido de una campanilla para recibir su pasto (2); mas nada se descubria

(1) El aire ó fluido contenido en la *vejiga natatoria* es segregado por una porcion de glandulas de sus mismas paredes, y pueden salir al exterior por medio de un conducto que comunica por lo regular con el esófago ó estómago.

(2) Tambien se les ha visto en los estanques del castillo de Pontchartrain correr á porfía hácia sus márgenes al oír tocar una flauta, y estar inmóviles horas ente-

en el exterior de los peces que indicase el órgano del oído; pues en efecto carecen no solo de oreja exterior sino de las partes que la acompañan inmediatamente, como el conducto auditivo, y el tambor. No obstante, un género de bolsa elástica encierra uno ó dos huesecitos, que transmiten su vibracion al nervio auditivo, de cuyas ramificaciones está interiormente tapizada esta bolsa.

La organizacion de los peces toma grandes incrementos. Sus agallas, aunque no son verdaderos pulmones, hacen sus veces: se hallan detrás de la cabeza; y en cada lado hay cuatro, de las cuales las mas grandes son las superiores. La aspiracion consiste en tragar continuamente el agua por la boca, y la espiracion en arrojarla por las agallas. La medula espinal, parecida á la de los animales de los órdenes superiores, está tambien encerrada en un tubo cartilaginoso. Las costillas no son propiamente otra cosa que espinas, cuyas extremidades se hallan pegadas una al canal vertebral, y otra á la carne. Tienen igualmente verdadero corazon: mas con un solo ventrículo y una aleta. La sangre que sale de esta víscera, y que va á parar á las agallas, no vuelve al corazon como en los animales terrestres, sino que se distribuye directamente á todas las partes del cuerpo. Obsérvanse por último en los peces casi todas las demás vísceras que se hallan en los animales mas perfectos; como diafragma, estómago, intestinos, hígado, vejiga de la hiel, bazo, riñones, y otras: pero con ciertas particularidades que no ofrecen las de los animales mas elevados en la escala de la organizacion.

M STURM.

ras escuchando los melodiosos sonidos de este instrumento. Presentábanse á flor del agua algunas de ellas, apenas las llamaba por sus nombres el que las cuidaba, cuya voz conocian tan perfectamente, que no se acercaban del todo á otro que á él: pues por su vista perspicaz y oído fino, distinguían á los extraños y á los mal intencionados.

Aun es mas digno de admiracion que habia una tan glotona, que solia comerse todo el pan que echaban á sus compañeras; pero bastaba que el guarda la dijese en tono de indignacion: *vete, marcha*, para que al punto se sumergiese al fondo del agua, donde solia estar escondida tres ó cuatro dias, siendo tal su sensibilidad, que no bien la llamaba con voz halagüeña, cuando salia muy contenta, y sacudia la cola en señal de alegría, *Tomo 1.º de la historia de perros célebres, y otras noticias de historia natural, por Mr. Freville.*



## LA ORACION DE LA TARDE.

## I.

Ya el sol sus rayos oculta  
tras el dorado cendal,  
y el crepúsculo ilumina,  
con su ténue claridad:

Ya la flor abre su broche,  
y su aroma en espiral  
hasta las nubes se aleja  
perdida en la inmensidad;

Ya entona su canto el ave,  
presa de amoroso afán,  
perdiéndose en la espesura  
el eco de su cantar:

Tranquilo y alegre deja  
su trabajo el hombre ya,  
y sus pasos encamina  
Hacia el cariñoso hogar;

Ya se oye de las campanas  
el grave y lento compás,  
que llama á las oraciones,  
al desterrado mortal....

Los que teneis una madre  
viviendo en la eternidad,  
á nuestra Madre del cielo  
orad, fervientes, orad.

## II.

Era una tarde como esta;  
el sol en su ocaso estaba  
coronando con sus rayos  
las cimas de las montañas.

Su grave son daba al viento  
la sonora campana,  
que á la oracion al cristiano  
y al recogimiento llama.

Yo era niño todavía,  
cuando mi madre adorada,  
con la hermosa fé de un ángel  
así esa tarde me hablaba:

—«Reza, hijo querido, reza;  
reza á nuestra Madre santa,  
que escucha desde los cielos  
de sus hijos las plegarias,

Voy á morir, hijo mio:  
enjuga tus tristes lágrimas  
y el insondable designio

de la Providencia acata.

Voy á morir, hijo mio:  
ya siento la mano helada  
de la muerte; ya la tumba  
mi cuerpo con ánsia aguarda,  
y el incomprensible arcano  
de la eternidad me llama:

Voy á morir, hijo mio;  
mas antes escucha, y grava  
en tu tierno corazon  
la herencia preciosa y santa  
que en el lecho de la muerte  
te dá una madre que te ama.

Mira en la Virgen María,  
á una Madre idolatrada,  
que ella escuchará tus súplicas,  
y ella enjugará tus lágrimas.

Y cuando el sol ya trasponga  
las cimas de las montañas,  
y el crepúsculo á la tierra  
alumbre con su luz pálida:

En aquella hermosa hora,  
á la oracion destinada,  
en que todo lo creado  
de Dios la grandeza canta,  
en el silencio sublime  
que mas que mil himnos habla;  
une tu voz á la suya,  
y ardiendo de amor el alma,  
á Dios bendiga tu labio,  
y á su madre inmaculada.

En esa hora bendita,  
del Criador á las plantas,  
yo uniré á tus oraciones  
mis mas fervientes plegarias,  
para que Él guie tus pasos  
en este valle de lágrimas,  
y guarde la fé en tu pecho  
y la esperanza en tu alma.»

Dijo; dió un beso en mi boca,  
volvió al cielo su mirada  
y espiró... al postrer suspiro  
de la sonora campana.

## III.

Han pasado muchos años,  
muchos, sesenta lo menos  
desde que mi buena madre  
en su mortuorio lecho  
medió esta herencia bendita  
que dentro del alma llevo.

Han pasado muchos años;  
hoy aquel niño es ya viejo,  
y en su cabeza ya blanca  
quedan escasos cabellos.

Su frente inclina el anciano



de los años bajo el peso,  
y con paso vacilante  
cruza de la vida el piélago;  
mas nunca una leve queja  
profirió su labio trémulo,  
ni por pesares del alma,  
ni por miseria del cuerpo;  
que, puesta en Dios la esperanza,  
halla en la fé su remedio,  
y espera pacientemente  
aquel dichoso momento,  
en que se digne María  
la puerta abrirle del cielo.

Y cuando la tarde llega  
y oculta el sol sus destellos,  
y baña el débil crepúsculo  
con pálida luz el suelo,  
y la flor al cielo eleva  
de su perfume el incienso,  
y en el bosque de las aves  
se pierden los dulces ecos,  
y se oye de la campana  
el grave y sonoro acento;  
el pobre anciano interrumpe  
su paso tardo é incierto,  
y eleva á Dios su plegaria  
con amor y con respeto,  
pidiéndole conmovido  
á la reina de los cielos,  
por la madre que aquel día  
le dió legado tan bello;  
y al terminar su plegaria  
se halla alegre y satisfecho,  
por que su madre querida  
puesta a los piés del Eterno,  
le ha pedido por su hijo  
y Él ha escuchado sus ruegos.»

T. Rodriguez de la Torre.

## CALVARIO Y REDENCION.

### CARTAS DE TRES HERMANOS.

Elvira á María de Ossorio.

Aunque tú has dejado de quererme, no se porqué, puésto que te has separado de mí sin darme un solo beso ni decirme siquiera adios, yo te amo siempre, María; yo te amo siempre y te

voy á escribir, suplicando á mi viejo amigo el Doctor que haga llegar esta, á tus manos. El, por otra parte, fué quien me aconsejó que lo hiciera, al verme el otro día llorando por tí; llorando, sí, no lo extrañes: estoy tan triste desde que te fuistes, que ni quiero jugar, ni salir á paseo, ni correr por el jardín; tampoco junto á papá estoy bien como otras veces, pues él, apenas me mira ni me acaricia ya: parece, María que contigo se ha ido la alegría de esta casa.

Mamá solo es la que me quiere mas que antes, y me llama de continuo á su lado, haciéndome estudiar y decir mis lecciones, como lo hacías cuando te hallabas á nuestro lado, mi buena y dulce María.

Sin embargo, voy á confiarte una cosa que á nadie has de decir, yo te lo ruego. Contigo aprendía mas, por que mamá se distrae mucho y apenas se fija en lo que leemos. Á veces, al volver una hoja, se queda inmóvil y muda, sin saber lo que antes decia, y si la miro á hurtadillas veo que llora y que trata de ocultar sus lágrimas; por eso me turbo y nada adelanto: ¡es tan triste el ver llorar á una madre!

¿Será la mía desgraciada? ¡Oh! yo no puedo creerlo: pero tú me has dicho muchas veces que pidiera á Dios por los que sufren, y yo rezo por ella todos los días, por que los que son felices no lloran, ¿es cierto?

Tampoco mi buen padre es dichoso, estoy segura de ello; yo creia que solo su mal le hacia antes padecer, y ahora está bueno, puede andar, escribir, ver la luz y el cielo, y sin embargo su frente está mas sombría que antes y solo aprovecha la libertad de poder andar y salir solo, para alejarse de nuestro lado y pasar horas enteras ausente de la quinta, cruzando el bosque, sin hablar con nadie y buscando la soledad y los sitios mas apartados.

Á veces voy á buscarle, por que el Doctor, á quien amo mucho, me ha dicho que no le deje solo; pero él cuando me vé de lejos, se vá por otro lado, ó si consigo llegar á donde está, besa mi frente y me dice con un tono dulce pero muy firme:

—Vete á casa, al lado de tu madre, Elvira mia: yo te le mando, vete con ella: tengo que obedecer sin replicar, y me alejo mas triste, por que comprendo que mis padres tienen alguna pena, y yo la ignoro, y no los puedo consolar.

Ya no soy una niña pequeña, ya he cumplido diez años, y observo y veo lo que pasa á mi alrededor.

Por eso conozco que ambos sufren y que alguna cosa los separa, alguna cosa que yo no entiendo, pero que nos hace desgraciados,



¿Qué será esto? mamá es muy buena, papá muy indulgente, ¿qué se habrán hecho el uno al otro para tratarse de ese modo?

Si tú estuvieses aquí, me ayudarías á averiguarlo y á ponerle remedio.

Sin embargo, recordando tus lecciones, he hecho una prueba, y no me ha salido del todo mal.

Voy á referirte como fué.

La otra noche estábamos todos en el pequeño salon de nuestra quinta, las ventanas estaban abiertas, la luna penetraba por entre los claros de las enredaderas, y los ruiseñores cantaban á lo lejos entre los árboles del bosque.

Papá tenía el codo apoyado en la balaustrada de la ventana, y la vista fija en el cielo, mamá un poco mas lejos estaba con la cabeza inclinada, y no pronunciaba una sola frase. El Doctor tampoco hablaba nada, y yo no cesaba de discurrir el modo de que todos estuviéramos alegres.

Cojí un taburete y me senté á los piés de mamá.

—¿Estás triste? le pregunté tomando su mano, y besándola con cariño.

—No, hija mia, me respondió distraida.

—¡Oh! añadí; quieres engañarme, pero no lo consigues,

—Te aseguro....

—Yo lo conozco en tus ojos, le interrumpí; y si vieras cuanto lo siento! Una buena niña no puede estar alegre si no lo están los autores de sus dias.

Papá volvió la cabeza, al escuchar estas palabras, y me miró de un modo extraño; yo hice como que no reparaba en ello, y continué:

—Quieres, mamá, que te cuente un cuento muy bonito para distraerte?

Nada me respondió, y aprovechando su silencio continué.

—Oye; mi cuento se llama, «El perdon de una ofensa».

Papá volvió la cabeza con rapidéz, y prestó mucha atencion á mis palabras; el Doctor tambien me miró con estrañeza como preguntándome que iba á decir: pero yo, mi buena María, no hice ningun caso, y proseguí dirigiéndome á mamá.

—Habia un valle muy extenso y muy variado, que se llamaba el valle de la vida, en cuyo centro se elevaba muy alto, muy alto, un hermoso edificio donde se encerraban todas las dichas, todas las felicidades y toda la paz imaginable. Aquel hermoso palacio era el cielo, patria de las almas buenas que habitaban en el valle.

Dos de ellas se habian unido, para cruzar

juntas el camino y arribar mas en breve al cielo, y cada una, con una cruz sobre el hombro, pero asida de la mano de su compañera, subia sin trabajo la áspera pendiente y acortaban las dos su jornada.

Pero llegó un dia en que.... yo no sé porqué; la historia no lo dice: aquellas dos almas se separaron, y una la echó sobre su cruz el peso de una ofensa, y la otra el de un resentimiento.

Me detuve un instante para recordar mi cuento. Tú me lo habias enseñado, María, y yo dudaba si lo contaria bien; pero al ver la emocion de mamá y la atencion que papá me prestaba, continué sin vacilar, segura de que acertaba.

—Las dos pobres almas quisieron seguir su camino, pero con aquella nueva carga, la cruz se habia hecho tan pesada que no podian adelantar un paso tan solo,

La subida les pareció tan difícil, la cruz tan insufrible, que desanimadas y llenas de angustia empezaron á vacilar, y estuvieron próximas á caer al suelo. Las dos entonces alzaron los ojos al cielo, y pidieron á Dios ayuda.

—¿Y qué? preguntó el Doctor sin poder esperar el fin de mi cuento.

—¿Y qué? murmuró mamá cogiendo mi mano con afán.

—¿Y qué? repitió mi padre aproximándose sin saber porque.

—El Señor, continué yo, satisfecha de la atencion que me prestaban; el Señor llamó á uno de sus ángeles mas hermosos, y le envió junto á las dos almas fatigadas. El espíritu Celestial puso sobre la cruz de la una, una lágrima de arrepentimiento, sobre la de la otra una sonrisa de perdon, y uniendo de nuevo sus manos les señaló la senda del cielo. Aquí me detuve, porque en aquel instante habia olvidado el final.

Mamá lloraba, papá parecia tan abstraído que no pensaba en retirar una de sus manos que yo habia cogido, y que me esforzaba en colocar sobre la de mamá, que tambien tenia estrechada en la mia.

En cuanto al Doctor, le vi enjugarse una lágrima y mirarme con una ternura infinita.

—¿Quién te ha enseñado ese cuento, Elvira mia? preguntó papá con voz temblorosa ¿ha sido tu madre quizá?

Yo no quise mentir, y le respondí en aquel instante.

—No: mamá nó: ha sido María, la que me lo ha repetido muchas veces.

Él entonces retiró su mano con viveza y se levantó de su asiento.

—¿Cómo! exclamé: no quieres saber el fin de mi historia.



—Otro día, murmuró saliendo de la estancia, otro día me lo dirás, y yo veré si puedo aprenderlo.

Cuando le perdimos de vista, mamá me besó desecha en lágrimas, y el Doctor me dijo muy bajo:

—Niña, es preciso que tu padre oiga lo que pasó á las dos pobres almas, porque yo creo que tu lo sabrás.

—¡Oh! le respondí, si ya no me acuerdo.

—Pues bien, me dijo, escribe á María; cuéntale lo que ha pasado, y suplicala que te conteste, recordándote el fin de tu cuento: yo me encargaré que tu carta llegue á sus manos, y ella podrá contestarte á mi nombre.

Ya lo sabes todo; ya sabes lo que hice. ¡Oh! tú que eres tan buena, tú que me has enseñado tantas cosas, dime María, dime lo que debo hacer.

ELVIRA.

(Continuara.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## Á UNA MADRE.

Madre gentil, que en tu feliz regazo  
al hijo aduermes con tranquila calma,  
estrechando de amor el santo lazo  
y amor y dicha respirando el alma;  
él en su tierno y cariñoso abrazo  
dá á tu ternura la anhelada palma,  
y en su casta sonrisa y sus caricias  
ves tu mundo, y tu vida y tus delicias.

Puerto de amor, de bien y de consuelo,  
en la borrasca en que hoy se agita el mundo,  
será tu hogar, bendito por el cielo,  
en paz y gozo y bienestar fecundo:  
tu alma entre tanto, remontando el vuelo  
en alas de un amor casto y profundo,  
le muestra á Dios, en lazo venturoso  
al hijo tierno y al amante esposo.

IGNACIO MENOR Y PINTO,

## FRAGMENTOS DE UN VIAJE.

### DOS HISTORIAS TRISTES.

—Póngase V. ahí, me dijo el anciano, colocando una silla en el sitio que me habiá destinado, al recibirme en su hogar. Ese era el asiento de mi pobre Francisco.

—Oiga V., amigo, le dije, si no tuviese V. un alma fuerte, un pecho lleno de religion, si no fuese V. un hombre como Dios manda, no le preguntaría ni lo que era su hijo, ni como murió; pero V. cree, y por consiguiente espera. ¿Cómo le dejó á V. Francisco en la tierra, para ir á esperarle en el cielo?

—Tiene V. razon, respondió el anciano, y me proporciona V. un gran alivio hablándome de mi hijo. Cuando estamos solos Fiel, mi hija y yo, quizá le olvidamos alguna vez, ó fingimos olvidarle para no afligirnos unos á otros; pero así que entra un extranjero que nos recuerda su edad, y deja su baston donde Francisco dejaba su carabina, y ocupa en el hogar ó en la mesa el asiento que solia ocupar el que nos ha abandonado, entonces nos miramos los tres y vemos que la herida no está aun cicatrizada y que necesita todavía mas lágrimas; ¿no es cierto, Mariana? ¿no es así, pobre Fiel mio?

La viuda y el perro se acercaron á un tiempo al anciano: la una le alargó la mano, el otro colocó la cabeza sobre sus rodillas. Algunas lágrimas silenciosas resbalaron por las mejillas del padre y de la mujer; el perro dió un gemido.

—Sí, continuó el anciano, un día volviendo mi hijo de Speringen, que está á cinco leguas de aquí por la parte de Altorf, trajo en brazos á este (el anciano puso la mano en la cabeza de Fiel) que no era entonces mas grande que el puño; habíale recogido de un monton de estiércol á donde fué echado con otros dos hermanos suyos; pero estos habian dado en una piedra y se habian muerto. Calentóse al momento un poco de leche y empezóse á alimentarle como á un niño con una cuchara, cosa muy incómoda en verdad; pero no se habia de dejar morir de hambre al pobre animalito.

Al abrir Mariana al día siguiente la puerta, encontró en el umbral una hermosa perra, que se metió adentro como si estuviera en su casa, yéndose en derechura al canasto en donde esta-



ba Fiel, y le dió de mamar. Era su madre, que guiada por el instinto habia seguido á Francisco; y así que el cachorrillo hubo despachado, volvió á tomar otra vez el camino de Speringen. Á las cinco de la tarde tornó para el mismo objeto, volvióse á marchar como antes, y al día siguiente, al abrir la puerta, se la encontró otra vez tendida en el umbral. Por espacio de seis semanas, y dos veces cada día, hizo la perra su viaje de ida y vuelta á Speringen, es decir, quince horas de camino; pues su amo le habia dejado un hijo en su casa, y Francisco se habia traído el otro, de modo, que dividía sus cuidados entre los dos. En todos los seres de la creación, desde el perro hasta la mujer, el corazón de una madre es siempre una cosa sublime. Al cabo de este tiempo ya no se la vió mas que de dos en dos días, pues Fiel empezaba á comer; luego ya no vino mas que todas las semanas, y por último ya no se la vió mas que de cuando en cuando, á la manera de una vecina que venia á visitarnos.

Francisco era un osadocazador de la montaña, siendo muy rara la vez que la carabina que ve V. ahí colgada sobre la chimenea disparase una bala que se perdiese. Por lo regular cada dos días le veíamos bajar con una gamuza al hombro, y de cuatro guardábamos una, vendiendo las otras tres, lo que venia á ser una renta de cien luises por año. Nosotros hubiéramos preferido verle ganar, aunque no hubiera sido mas que la mitad en otro oficio; pero Francisco era cazador mas por gusto que por otra cosa, y ya sabe V. lo que es esa pasión en nuestras montañas.

Un día pasó por aquí un inglés, y preguntó á Francisco, que acababa de matar un soberbio lammergeyer que tenia diez y seis piés de una á otra parte de las alas, si podría cojer otro igual. Francisco respondió que era preciso pillarlo en el nido, y que esto solo se podia hacer en el mes de mayo. El inglés ofreció doce luises por dos aguiluchos, dejó las señas de un negociante de Ginebra, corresponsal suyo, que se encargaria de remitírselos, dió á Francisco dos luises en arras, y le dijo que el negociante le daría el resto cuando él le enviase los animales.

Ya habíamos olvidado Mariana y yo la visita del inglés, cuando á la primavera siguiente nos dijo Francisco una tarde, al volver á casa:—¿Saben VV. que he encontrado un nido de águilas?

No pudimos menos de sobresaltarnos esta y yo, á pesar de ser bien sencillo lo que nos decia, y de habérmolo repetido varias veces.

—¿Y en dónde? pregunté yo

—En el Frohn-Alp.—El anciano alargó el bra-

zo hacía la ventana.—Es esa gran montaña de nevada cumbre que ve V. allí delante.

Hícele seña con la cabeza de que la veía.

Tres días despues salió Francisco como de costumbre con su carabina, yo que iba á Tug, y no debia volver hasta el otro día, le acompañé unos cien pasos. Mariana nos miraba á los dos: Francisco que la vió en la puerta, la saludó con la mano, la gritó *hasta la noche*, y se internó en el bosque de abetos por junto el cual hemos pasado hoy. Llegó la noche sin que Francisco pareciese, pero esto no dió mucho cuidado á Mariana, porque sucedia que muchas veces aquel la pasaba en la montaña.

—V. disimule, padre mio, pero se equivoca, interrumpió la viuda; siempre que Francisco tardaba, me afligia yo mucho, y como si presintiera lo que habia de suceder, aquella noche estaba mas desasogada de lo acostumbrado. Por otra parte me hallaba sola, ni siquiera tenia á V. para tranquilizarme: Fiel, á quien Francisco habia dejado en casa, se escapó por la mañana para reunirse con su amo; al anochecer habia nevado, y el viento era frio y triste. Miraba yo danzar en el hogar llamas azules semejantes á los fuegos fátuos que se ven en los cementerios, tiritaba continuamente, tenia miedo y no sabia de qué; los bueyes inquietos en el establo, mugían tristemente como cuando hay un lobo que baja de la montaña. De repente oí un estallido detras de mí; era ese espejito que V. nos habia dado el día de la boda, el cual se rompió por sí solo, quedándose como VV. ven. Levantéme y fuíme á arrodillar ante el crucifijo, y apenas habia empezado á rezar se me figuró oír en la montaña el ladrido de un perro que se lamentaba: púseme en pie al momento, sintiendo correr un sudor frio por todo mi cuerpo. En aquel instante el crucifijo que estaba mal colgado se cayó, rompiéndose uno de sus brazos de marfil: me bajé para recogerle; pero oí un segundo ahullido, y le dejé en el suelo: cometí un sacrilegio sin duda, pero creí haber reconocido á Fiel. Corrí á la puerta, y teniendo mis manos sobre la llave, no me atrevia á abrir, mirando fijamente esa cruz de madera negra, en la que no quedaban mas que la calavera y los dos huesos; ya no era un signo de esperanza, sino un símbolo de muerte. Estaba yo así trémula y yerta, cuando una violenta bocanada de viento abrió la ventana y apagó la lámpara.

A. D.

(CONCLUIRÁ;)



## SECCION DOCTRINAL.

## LA SENDA DEL CIELO.

(Continuacion.)

—Pero, abuelita, preguntó Julieta, ¿que hizo aquel hombre al ver á su pobre hija tan desgraciada? supongo que todo lo remediaría ¿es verdad?

—¡Todo! exclamó la Marquesa con pena. ¿Por ventura hija mia, ¿se puede recojer el agua vertida? ¿se puede acallar la palabra una vez pronunciada? ¿puede el calumniador devolver la honra que quitó, ni el asesino dar á su víctima la vida que le arrebató? Oh! no, de ningún modo: pues á aquel hombre tampoco le era dado remediar el daño que su avaricia habia hecho.

—Y ¿qué fué de la pobre María? volvió á preguntar la niña con interés?

—D. Bernardo, por uno de esos fenómenos que no sabríamos explicarnos, sintió por aquella hija, á quien no habia visto en dos años, todo el amor que podia caber en su corazón. Se aterrorizó al verla en aquel estado, temió que la iba á perder, y esperó... no se cómo explicarlo; un afán y una inquietud, mayores aun de lo que sentía al pensar que iba á perder sus codiciados tesoros. Esos hombres sin fé, esos hombres que no conocen las dulzuras y los consuelos de la santa religion cristiana, mezclan á sus afectos algo de la codicia que llena por completo su alma.

No saben resignarse, se desesperan y luchan, sin la fé del mártir ni la esperanza del justo.

D. Bernardo quizás, unió al cariño que le inspiraba su hija, al dolor de perder algo, al perderla á ella, y para los avaros de pura sangre, todo lo que sea perder les desespera y les irrita.

Llamó, pues, un médico, en vista de que el desmayo de María se prolongaba demasiado, y sacándola á ella de la estancia, cuando aun estaba sin sentido, ordenó lo necesario para que aquella tarde se diese sepultura al cadáver de Pablo de Pablo cuya sangre manchaba aun su traje y manchaba sus manos!

El doctor, despues de examinar detenidamente á María despues de hacerla volver en sí, á costa de largos esfuerzos, declaró que su estado era gravísimo, y que nada podia asegurar.

El hijo que la infeliz llevaba en su seno, habia muerto antes de venir á un mundo en que tanto habia sufrido su madre, asesinado por las rudas emociones que esta habia experimentado en aquellos últimos dias.

D. Bernardo escuchó todo esto horrorizándose de sí mismo ¡aquél ser inocente, hijo suyo dos veces, tambien habia sido una víctima suya!

El médico no se separó de la pobre enferma, cuya vista solo desgarraba el alma.

Despues de espantosas crisis, de sufrimientos indecibles, el doctor señaló á D. Bernardo el cadáver de un niño; y en cuanto á María, declaró que la fiebre empezaba á presentarse espantosa y amenazadora, y que todo se debía temer.

Efectivamente, la infeliz jóven, á quien Dios habia

concedido una felicidad pura y casta sobre la tierra, felicidad que los hombres le habia arrebatado, trocándola en amargura; desfigurada, espirante, con el alma mas enferma que el cuerpo aun, yacia en aquel lecho, pálida y sin aliento, sin vida y sin conocimiento casi!

Su padre se habia sentado á su lado y la miraba con pesar.

Poco á poco las mejillas de la infeliz se fueron tiñendo de un subido carmin. su respiracion se hizo fatigosa, sus labios se secaron y sus manos abrasadas por la calentura se extendian á todas partes, mientras con voz débil y desentonada daba voces y gritos, inarticulados y angustiosos.

D. Bernardo se levantó, se acercó á ella, procuró retener aquellas manos entre las suyas, prodigándola palabras dulces y cariñosas.

Pero su voz aumentaba el de lirio de la pobre María, causándole un terror profundo y espantoso.

—Cálmate, hija mia, la decia aquel padre causa de su desgracia: cálmate, yo estoy contigo: de hoy en adelante yo te amaré mucho, yo te haré feliz; si te he causado alguna pena, todo lo remediaré, lo repararé todo!

—Si, sí, gritaba María, todo se remediará. ¡Oh! padre, padre mio, tráigame V. á mi Pablo, pronto, quiero verlo; yo era esposa, iba á ser madre, déme V. á mi hijo, déme V. á mi esposo..... pero pronto, pronto, no dice V. que quiere remediarlo todo?

El anciano aterrado no sabia que contestar, por que aquellas palabras, como una verdad innegable y eterna, le recordaban que el mal que habia hecho no tenia remedio!

Otras veces el trastorno de María tomaba otro carácter mas terrible y mas doloroso aun.

Pedia misericordia, demandaba piedad, y con las manos extendidas y la mirada extraviada, gritaba que no la arrojasen á la calle, dirigiendo súplicas que partian el alma.

Su padre en vano lo intentaba todo, el delirio crecia por momentos.

Llamaba á Pablo, maldecia á su asesino, creia ver su sangre en todas partes; se arrojaba del lecho intentando huir de los que, segun ella, habian causado su ruina: se retorcia las manos con desesperacion, cuando oia la voz de su padre, que le causaba un trastorno mayor.

Aquel delirio, aquella lucha no podia durar mucho! María, estaba demasiado quebrantada para soportarlos.

De pronto saltó del lecho con la razon completamente extraviada, su padre quiso sujetarla; pero ella fijando su ojos desmesuradamente abiertos en su semblante y en su traje.

—¡Tú! gritó! tú le has muerto.... mira, su sangre te salpica el rostro y las manos... déjame... déjame, quiero huir.... me causas miedo... yo no tengo.... no tengo dinero, y el dinero es tu Dios! yo no tengo para pagarte esos réditos... esos réditos que me pides, déjame, déjame... ¡Oh! me matarias por cobrar... ¡Dios! Dios te anegue en montes de oro, de oro maldito, de oro que abra-se tus manos, pero déjame, déjame, quiero huir, tu presencia me espanta, quiero irme.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imprenta de La Madre de Familia.